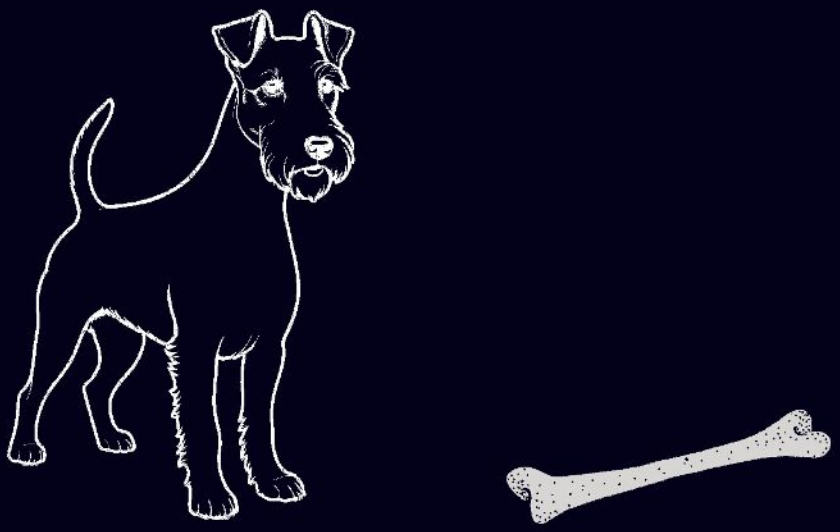
La Comédiathèque

Un esqueleto en el armario

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Un esqueleto en el armario

Jean-Pierre Martinez

Alberto y Victoria están a punto de vender su casa a unos amigos y marcharse al extranjero para empezar una nueva vida. Pero, apenas firmado el acuerdo de compraventa, aparece un hueso entre las dalias… Un descubrimiento que puede dar al traste con la venta y sacar a la luz algún que otro

Personajes :

Alberto
Victoria
Juan
Cristina

© La Comédiathèque

El salón de una casa a las afueras de una ciudad. Solo quedan algunas cajas de mudanza. La habitación da a un jardín, situado imaginariamente del lado del público. Victoria entra con una caja mediana que parece pesar una barbaridad. La deja en el suelo con esfuerzo y suspira, aliviada.

Victoria – Muy amable por haberme dejado la caja pequeña. ¿Qué has metido aquí? ¡Pesa una tonelada!

Alberto llega con una caja enorme que parece muy ligera y la lleva sin esfuerzo.

Alberto – Ni idea... Lo pondrá en la etiqueta. Lo he apuntado todo para saber dónde está cada cosa cuando desembalemos.

Victoria mira la caja.

Victoria *(leyendo)* – Platos... Ah, sí. La vajilla que nos regaló tu madre por la boda. No la hemos estrenado.

Alberto – Una vajilla de veinticuatro piezas... Hay que tener una familia numerosa para sacarle partido.

Victoria – Con mi familia no me hablo... Y de la tuya están todos muertos o desaparecidos.

Alberto – Mmm...

Victoria – Tu madre debía de imaginarnos rodeados de niños...

Alberto – Para dos personas, se queda un poco grande. O habría que tener muchísimos amigos...

Alberto coloca sin esfuerzo su caja grande junto a la pequeña.

Victoria – Quizá allí le demos más uso. ¿Y qué llevas en la tuya?

Alberto finge descubrir lo que está escrito en su caja.

Alberto – Fundas de edredón.

Victoria – Ah, sí... Ocupan más espacio, pero pesan mucho menos...

Alberto – Eran las dos últimas cajas.

Victoria – Dejemos unas cuantas cajas aquí para sentarnos y tomar algo.

Alberto – Y, sobre todo, para firmar el acuerdo de compraventa. ¿A qué hora vienen?

Victoria – Deberían estar aquí ya... No deben tardar.

Alberto – Espero que no hayan cambiado de opinión...

Alberto se deja caer sobre una caja, agotado.

Alberto – Estoy agotado.

Victoria – Yo más todavía...

Victoria se prepara para sentarse en otra caja.

Alberto – Espera... *(Mira la etiqueta.)* En esa no. Es la tele.

Victoria se detiene.

Victoria – ¿Y crees que la tele no aguantaría mi peso?

Alberto – Es una pantalla plana...

Victoria pone una mano en su vientre, un poco preocupada.

Victoria – Mi barriga también está plana... Por ahora...

Alberto – Siéntate en esta. Son mis libros, no les pasará nada.

Victoria *(con ironía)* – Gracias... *(Se sienta.)* Qué raro estar aquí, entre tantas cajas... Pensar que no volveremos a dormir en esta casa...

Alberto – Mmm...

Victoria mira hacia el jardín.

Victoria – ¿Has visto? Las dalias están en flor.

Alberto – Mmm...

Victoria – Ni siquiera sabía que había dalias en el jardín.

Alberto – Antes había. Creí que se habían muerto todas...

Victoria – ¿No te da un poco de pena?

Alberto – ¿El qué? ¿Que las dalias hayan vuelto a florecer?

Victoria – ¡Dejar esta casa! Esta vida...

Alberto – ¿Te arrepientes?

Victoria – ¡Qué va! Pero aquí hemos pasado buenos momentos, ¿no?

Alberto – Sí...

Victoria – No disimules tanto tu entusiasmo...

Alberto se sienta en la misma caja que ella y le pasa un brazo por los hombros.

Alberto – Claro que sí... No me arrepiento de los años que hemos vivido juntos aquí. Pero creo que ya era hora de pasar página...

Victoria – Lo sé...

Alberto – No tenemos hijos, ni perro, ni siquiera un pez de colores. Nada nos ata a este sitio.

Victoria – Yo también tengo ganas de empezar una nueva vida... Contigo...

Alberto – Es como dar un salto al vacío... Pero con una cuerda de puenting, por si acaso.

Victoria – ¿Con cuerda, dices?

Alberto – ¿Qué podemos perder? Si allí no estamos a gusto, siempre podemos volver.

Victoria – Pero ya no tendremos esta casa...

Alberto – ¡Compraremos otra! O un piso más pequeño. Esta era demasiado grande para nosotros.

Victoria – Y tenía jardín... No es fácil encontrar uno tan cerca de la ciudad.

Alberto – ¡Pero si casi nunca salíamos al jardín! Con el clima que tenemos aquí, nos basta una terraza.

Victoria – La verdad es que las plantas no son lo nuestro...

Alberto – Cada vez que intentamos plantar algo en ese jardín, se moría...

Victoria – Pero las dalias resucitaron de repente...

Alberto – ¡No me digas que es un milagro! ¿Una señal divina para que no nos vayamos?

Victoria – Tienes razón, si no nos movemos ahora, nunca lo haremos.

Alberto – Yo ya estaba harto de esta casa. Hay demasiados recuerdos.

Victoria – ¿Recuerdos?

Alberto – Hablo de mi familia... Y no son todos buenos recuerdos, créeme...

Victoria – Lo entiendo...

Alberto – Buenos o malos, no se puede vivir rodeado de recuerdos. Es deprimente. Mis abuelos ya vivían aquí, y yo pasé toda mi infancia en esta casa antes de heredarla. Casi nací aquí. Preferiría no morir aquí también.

Victoria – Este cambio nos dará un nuevo impulso... A los dos.

El móvil de Victoria suena. Ella mira la pantalla pero no contesta.

Alberto – ¿No contestas? Podrían ser ellos...

Victoria – Es un número oculto. Será publicidad. Desde que cancelamos la suscripción a la plataforma de televisión, no dejan de llamarme. ¿A ti no?

Alberto – No.

Victoria se levanta, un poco incómoda.

Victoria – Voy a preparar algo para beber. A ver qué queda en la cocina...

Alberto – ¿Necesitas ayuda?

Victoria – No hace falta. He dejado vino blanco en la nevera y queda un poco de licor de grosella. Podemos mezclarlos y listo...

Sale.

Alberto – OK.

Alberto saca su móvil para revisar sus mensajes.

Victoria *(desde la cocina)* – Lo que no he dejado a mano es un sacacorchos...

Alberto *(sin levantar la vista del móvil)* – Podemos bebernos el licor solo...

Victoria *(desde la cocina)* – ¡Búscalo, anda! Los he invitado a tomar algo, no a una copa de sobremesa.

Alberto – ¡No sé dónde está ese sacacorchos!

Victoria *(desde la cocina)* – ¿Quieres que firmen el acuerdo o no?

Alberto abandona a regañadientes su móvil.

Alberto – Está bien, voy a buscar...

Va directamente a la caja correcta. La abre y saca un sacacorchos que muestra a Victoria, que regresa de la cocina con una bandeja con todo lo necesario para el aperitivo.

Victoria – ¡Bravo! Puedes abrir la botella de vino blanco...

Alberto – ¿No esperamos a que lleguen?

Victoria – Abre la botella, que así seguro que aparecen.

Alberto descorcha la botella.

Alberto – ¿No habían dicho que vendrían un poco antes para ayudarnos con la mudanza?

Victoria – Deben de haber tenido algún imprevisto...

Alberto – No nos han ayudado en nada y encima tenemos que invitarlos a beber...

Victoria – Nos compran la casa. Habrá que celebrarlo.

Alberto – ¿De qué da clase ella?

Victoria – ¿Cristina? De Educación Física.

Alberto – Ah, claro... Ya me parecía.

Victoria – ¿Qué?

Alberto – Nada, nada... Me preguntaba qué podría enseñar. *(Victoria prefiere no contestar.)* ¿Y Juan? Sé que es viajante, pero ¿qué vende?

Victoria – Ahora se dice «comercial». «Viajante» suena un poco despectivo, ¿no?

Alberto – ¿Ah, sí?

Victoria – Creo que trabaja para una empresa de maquinillas de afeitar...

Alberto – O sea, que vende cuchillas. Con razón es tan cortante...

Victoria – ¿Cortante?

Alberto – ¡Como las cuchillas!

Victoria – Por favor, ahórrate esas bromas cuando lleguen. A veces pienso que, en el fondo, no quieres vender la casa familiar.

Alberto – Tienes razón. Me esforzaré en ser amable.

Victoria – Me temo lo peor...

Alberto – Al mismo tiempo, si nos compran esta casa, no es solo para hacernos un favor...

Victoria – La verdad es que a nosotros nos viene muy bien.

Alberto – Aun así... No están haciendo un mal negocio.

Victoria – ¿Te parece que se la vendemos demasiado barata?

Alberto – Creo que podríamos haber sacado un poco más, sí.

Victoria – Teníamos prisa... Y además son amigos...

Alberto – Bueno, amigos... Cristina es solo una colega de trabajo, ¿no?

Victoria – Ni siquiera con ese precio había cola de compradores.

Alberto – Sí... Es cierto que es más sencillo así...

Victoria – Tomamos algo, firmamos y nos marchamos al extranjero. De todas formas, no volveremos a verlos.

Alberto – No sé de qué voy a hablar con él. De libros, seguro que no. Y el fútbol, los perros y los coches me interesan bastante poco...

Victoria – Hablad de política. Ahora casi todo el mundo está en contra del Gobierno, aunque sea por motivos completamente opuestos.

Alberto – Al final, el Gobierno habrá conseguido unir a todo el país... contra él.

Se oye el timbre de la puerta.

Victoria – ¡Ah, ahí están!

Alberto – Ya era hora...

Victoria sale para abrir.

Victoria *(fuera de escena)* – Hola, hola...

Se oye ladrar a un perro.

Alberto – ¡Genial! Encima han traído al chucho...

Juan *(desde fuera)* – ¡Toby, calla!

Cristina *(desde fuera)* – Te dije que lo dejaras en el coche...

Victoria *(desde fuera)* – Pobrecito... Que corra un poco por el jardín. Estará mejor.

Juan – ¡Vamos, Toby!

Victoria regresa con Juan, que lleva chaqueta y corbata y luce una sonrisa de vendedor, acompañado de Cristina, dinámica y atractiva.

Cristina – ¿Estás segura de que no os molesta?

Victoria – ¡Qué va! Además, esta casa ya es casi vuestra...

Juan *(en broma)* – Bueno, todavía no hemos firmado...

Alberto – Hola Cristina, hola Juan...

Cristina – Hola, hola...

Juan – Hola, Alberto. He soltado a Toby en el jardín, ¿no te importa?

Alberto – ¡Para nada! Tiene que visitar la casa, él también.

Cristina – Tener un jardín tan cerca de la ciudad es todo un lujo.

Juan – Para Toby, desde luego.

Alberto – ¿Y de qué marca es el perro?

Juan – Un fox terrier de pelo duro.

Alberto – Ya veo. ¡Con ese pelo, cualquiera lo confunde con un estropajo!

Juan – Pues hablando de pelos, ¡ya podías haberte afeitado para recibirnos!

Alberto – Ah, sí, yo... Con la mudanza, ni siquiera he tenido tiempo de...

Juan – Es broma... *(Le entrega un paquete.)* Toma, un regalo. Por si no encuentras cuchillas en ese país tan remoto al que os vais.

Cristina – Algunos traen flores. Él trae cuchillas de afeitar...

Alberto – Bueno, gracias, Juan.

Victoria – Espero que no te conquistara regalándote una maquinilla...

Cristina *(sin entender muy bien)* – Ah, sí...

Victoria – Regalarle una maquinilla de afeitar a una mujer puede sentarle bastante mal...

Cristina *(riendo ruidosamente)* – ¡Ah, sí!

Alberto – Ahora me sabe mal no tener nada que darte. *(Saca un libro de una caja y se lo ofrece.)* Toma, mi última novela.

Juan – Gracias...

Alberto – No te preocupes. Es un auténtico tostón...

Juan *(leyendo el título)* – Si es que ni siquiera entiendo el título...

Victoria juzga mejor cambiar de tema.

Victoria – ¡Sentaos, por favor! Estáis en vuestra casa. *(Juan y Cristina miran las cajas, sin saber dónde sentarse.)* Perdón, es que ya hemos embalado todas las sillas...

Alberto – Las cajas también son comodísimas.

Se sientan.

Victoria – Os aviso: solo tenemos vino blanco con un poco de licor de grosella.

Juan – Pues estupendo. ¡Una copa de eso!

Victoria – Marchando...

Ella comienza a servir.

Cristina – Para mí, agua, gracias. He dejado el alcohol...

Victoria – Pues sírvete.

Alberto – ¿Cacahuetes?

Juan – Gracias...

Toma un puñado del bol que le ofrece Alberto, quien luego presenta el bol a Cristina.

Cristina – No, gracias. Los cacahuetes son todo grasa y sal. Intento evitarlos...

Victoria – ¿De verdad?

Cristina – Tú también deberías vigilarte un poco... ¿No has engordado?

Victoria – No sé...

Juan está muy ocupado consultando su mensajería en su móvil. Alberto y Victoria intercambian una mirada consternada.

Cristina – Oye, eso me recuerda a la profesora que te sustituye en el colegio...

Victoria – ¿Qué?

Cristina – ¡No veas cómo está! Debe de haberse comido toneladas de cacahuetes...

Victoria – ¿Ah, sí?

Cristina – Yo no sé... Si una está así, por lo menos debería hacer un poco de ejercicio. Creí que no iba a caber por la puerta del aula...

Alberto – A veces es genético...

Cristina – Genética o no, un poco de deporte y dieta no le hacen daño a nadie...

Alberto – Precisamente por eso os esperábamos antes: para que hicierais ejercicio cargando cajas...

Juan finalmente deja su móvil.

Juan – Perdona por no haber venido a ayudaros, pero he estado hasta arriba de trabajo. En la empresa estamos desbordados.

Alberto – Con crisis o sin ella, la gente tiene que seguir afeitándose... Incluso los parados, si quieren encontrar trabajo.

Juan – Claro...

Momento de silencio.

Victoria – En cualquier caso, nos alegra mucho que seáis vosotros quienes compréis la casa. Seguís decididos, ¿no?

Cristina – A Juan le parecía un poco grande, pero al final lo convencí. Y nunca se sabe... La familia podría crecer.

Juan, nuevamente concentrado en la pantalla de su móvil, no reacciona.

Victoria – ¿Ah, sí?

Se oye ladrar al perro.

Alberto – ¿Pensáis adoptar otro perro?

Victoria lo fulmina con la mirada.

Victoria – Por lo menos a Toby parece gustarle el jardín.

Alberto – ¿Y qué opina su dueño?

Victoria le lanza otra mirada de reproche.

Juan – ¿Eh?

Victoria – ¿Queréis echarle un último vistazo a la casa?

Cristina – No hace falta. Nos la conocemos de memoria. Casi nos sentimos en casa. ¿Verdad, Juan?

Juan deja a regañadientes su móvil.

Juan – Ah, sí, esta casa está muy bien... Yo pensaba que era un poco grande, pero...

Alberto hace una señal discreta a Victoria.

Victoria – Bueno... ¿Firmamos el acuerdo? Así nos quitamos eso de encima...

Cristina – Vamos...

Victoria saca los papeles que ha preparado y los pone sobre la caja que sirve de mesa. Juan busca en sus bolsillos.

Juan – Ah, no tengo bolígrafo...

Cristina – Yo tampoco.

Alberto *(a Victoria)* – ¿Y tú?

Victoria – Tenía uno hace un momento... No sé qué hice con él... ¿No tienes uno tú?

Juan – Un escritor siempre lleva un bolígrafo, ¿no?

Alberto – Yo escribo en el ordenador.

Cristina – Es cierto que ahora, con todas estas pantallas... Los bolígrafos, pronto solo los veremos en los museos...

Victoria – ¿En qué caja pusiste los bolígrafos?

Alberto – No me acuerdo... Dudo que haya embalado una caja solo con bolígrafos. Ah, en la de los papeles del banco debe de haber alguno. Los cheques son de las pocas cosas que todavía escribo a mano... *(A Cristina.)* Perdona, creo que estás sentada encima...

Cristina se levanta. Él abre la caja y saca un bolígrafo.

Alberto *(triunfante)* – ¡Aquí está!

Le tiende el bolígrafo a Juan. Juan toma el bolígrafo y finge firmar.

Juan – Uy, no escribe... *(Alberto y Cristina se quedan helados.)* ¡Que es broma!

Juan firma los dos ejemplares y le pasa el bolígrafo a Cristina, que también firma. Alberto y Victoria firman a continuación. Alberto entrega una copia a Juan y se queda con la otra.

Alberto – Listo. Una copia para vosotros y otra para nosotros.

Juan – Muy bien.

Victoria – ¡Habrá que celebrarlo! ¿Os pongo otra?

Juan – ¡Vamos!

Victoria sirve las bebidas.

Victoria – ¡Por vuestra nueva vida en esta casa!

Juan – ¡Y por vuestra nueva vida al otro lado del océano!

Cristina – ¿De qué océano hablas? Si ni siquiera sabes adónde se marchan...

Brindan y beben.

Juan – Bueno, ¿cómo se llamaba el país?

Alberto – ¡Otra vez! Si te lo hemos dicho tres veces...

Juan – ¿Y estáis seguros de que no vais a cometer una locura?

Alberto – No, la verdad es que no estamos seguros de nada...

Victoria – Alberto quería cambiar de vida... Encontrar nuevas fuentes de inspiración, y yo...

Cristina – Es verdad que escribir novelas se puede hacer en cualquier parte.

Alberto – Exactamente...

Victoria – Y yo puedo dar clases de idiomas en cualquier lugar.

Juan – Mi interés por la literatura no pasa de los cómics...

Cristina – Los ha leído todos.

Alberto – ¿Todos? No está nada mal...

Victoria le lanza otra mirada reprobatoria.

Juan – ¿Y de dónde te vino esa idea de escribir libros? En serio, no es algo común...

Cristina – ¿Es una tradición familiar? ¿Tu padre ya era escritor?

Juan – A ver, Cristina, escribir no es como poner una tienda o abrir un taller. Es arte, no un negocio que pasa de padres a hijos como una carnicería...

Alberto – Mi padre era especialista de cine.

Cristina – Vaya... Del cine a la literatura. Algo de familia hay, entonces. ¿Estabas muy unido a él?

Alberto – Apenas lo conocí. Siempre estaba de rodaje en el extranjero.

Cristina – No debió de ser fácil para tu madre.

Alberto – Sobre todo porque él se acostaba con cualquiera...

Cristina – Cuando se está separado tanto tiempo, obviamente... Sobre todo en el mundo del cine, hay muchas tentaciones...

Alberto – Un día se marchó y no volvió. Yo era muy pequeño... Ni siquiera sé si sigue vivo.

Juan – ¿Y por qué habéis elegido un país tan lejano? ¿Ya lo conocíais?

Victoria – No, pero me han ofrecido un puesto en un colegio internacional.

Juan – ¿Un colegio internacional...?

Alberto – Sí, también hay colegios en el extranjero...

Juan – Ah, sí...

Alberto – Queríamos cambiar de aires, irnos lejos. Y surgió esta oportunidad.

Victoria – A Alberto le apasiona la literatura de allí...

Alberto – Y hay yacimientos arqueológicos fascinantes.

Victoria – Es un proyecto un poco disparatado... Lo llevábamos hablando mucho tiempo y nos decidimos de repente. Pero si uno se lo piensa demasiado, no hace nada, ¿no?

Juan – Ya...

Alberto – Claro que también hay quien no piensa nunca... y tampoco hace nada.

Victoria – Es una aventura, sí. Pero es justo lo que buscábamos.

Alberto – Estamos deseando marcharnos...

Juan – ¿Y ya tenéis dónde vivir?

Victoria – El colegio nos deja un piso mientras nos instalamos.

Alberto – Luego buscaremos una casa. Dicen que allí se encuentran fácilmente...

Cristina – Por muy poco dinero puedes tener una casa con vistas al mar.

Juan – ¿Pero allí hay mar?

Alberto – Eso dicen... O las casas son altísimas...

Victoria – ¡Tenéis que venir a visitarnos!

Alberto le lanza una mirada reprobatoria.

Cristina – ¿Por qué no? ¿Verdad, Juan?

Se oye nuevamente al perro ladrar.

Cristina – ¿Qué le pasa ahora a este chucho?

Juan – Ve a ver qué quiere, cariño.

Cristina – ¡Ve tú! Que el perro es tuyo.

Alberto – Lo tienes muy mal educado, Juan... Al perro me refiero, claro.

Juan se levanta y sale.

Cristina – Este perro me tiene harta. Yo no quería tener perro, pero Juan ya tenía uno cuando nos casamos.

Victoria – Es lo que tienen las familias reconstituidas...

Alberto – Pero lleváis muchos años casados, ¿no? El perro no parece tan viejo...

Cristina – Aquel era otro. Este es el tercero.

Alberto – ¿El tercero de la misma marca?

Victoria – Se dice de la misma raza, Alberto...

Cristina – Todos fox terrier de pelo duro...

Alberto – ¿Y los tres se llamaban Toby?

Cristina – Este es Toby número tres. Pero le llamamos Toby, como a los otros...

Juan vuelve con un hueso en la mano.

Cristina – ¿Qué es eso?

Juan – Un hueso, aparentemente.

Cristina – ¿Y dónde lo encontraste?

Juan – ¡Yo no lo he encontrado, ha sido Toby! Lo llevaba en la boca cuando he salido a verlo. Por eso ladraba: quería enseñárnoslo...

Victoria – Un hueso así solo aparece una vez en la vida de un perro...

Alberto – Los otros dos Toby nunca encontraron uno tan grande. ¡Bravo, Toby! ¡Campeón del mundo!

Cristina – ¡Es increíble! ¿Y lo encontró en el jardín?

Juan – ¿Dónde quieres que lo haya encontrado?

Cristina – Es enorme, para ser un hueso de cordero...

Juan – ¿Has asado un jabalí en tu jardín últimamente? ¡Nos podrías haber invitado a la barbacoa!

Victoria – Nunca hacemos barbacoa...

Momento de silencio.

Cristina – Qué extraño... Se parece muchísimo a una tibia humana, ¿no os parece?

Victoria – ¿Estás bromeando?

Cristina – No...

Alberto – ¿Has visto alguna vez una tibia humana? Quiero decir, sin la carne alrededor...

Cristina – Para ser profesora de Educación Física tuve que estudiar anatomía. Fue hace años, y yo faltaba bastante a clase, pero sí... Se parece mucho.

Victoria – Es una locura... No, no puede ser una tibia...

Juan – Un momento, voy a buscarlo en Internet...

Saca su móvil y comienza a teclear. Mira el hueso con aire escéptico.

Juan – Pues no... Una tibia no se parece en nada a esto...

Victoria – Uf... Ya me parecía...

Juan sigue tecleando en su móvil.

Juan – En cambio, es idéntico a un fémur...

Los demás lo miran consternados. Muestra la pantalla de su móvil para que vean la imagen.

Victoria – Mierda... Es verdad...

Momento de estupor.

Juan – Es increíble...

Cristina – ¿Sabíais que teníais huesos humanos enterrados en el jardín?

Victoria – No...

Cristina – Y pensar que acabamos de firmar el acuerdo...

Alberto – ¡Pero si solo es una tibia!

Juan – Un fémur, te digo.

Alberto – Y ni siquiera estamos seguros de eso...

Juan vuelve a enseñarles la pantalla de su móvil.

Juan – Pues a mí me parece que está clarísimo.

Cristina – ¿Pero de dónde pudo haber salido este hueso?

Victoria – Tal vez construyeron la casa sobre un antiguo cementerio...

Cristina – Pues no es precisamente un buen argumento de venta...

Victoria – ¿Has oído hablar de algo así, Alberto?

Alberto – ¿Un cementerio aquí? No.

Victoria – Entonces debe ser algo mucho más antiguo.

Juan – ¿Un cementerio de hace siglos, por ejemplo?

Victoria – Quién sabe...

Juan – ¡Imagínate que encontramos los huesos de un rey antiguo en el jardín!

Alberto – ¿Un rey antiguo? ¿Enterrado aquí?

Juan – Vendrían los de Patrimonio y nos levantarían todo el jardín...

Cristina – Está claro.

Juan – Conozco a alguien a quien le pasó algo parecido... Vinieron con excavadoras y removieron todo el jardín...

Cristina – ¿Y cómo terminó eso?

Juan – Al final, solo encontraron unas pocas ánforas que pusieron en un museo, y les devolvieron la casa...

Alberto – ¿Seguro que no lo has visto en alguna película?

Juan – Mientras tanto, no pudieron vivir en su casa durante años...

Cristina – ¿No?

Victoria – No creo que sea un enterramiento tan antiguo. El hueso no tiene esa pinta...

Cristina – Ah sí, ¿y cómo lo ves tú?

Victoria – ¿Sabes qué había aquí antes de que tu abuelo construyera la casa?

Alberto – Campos, seguramente. Se han cultivado durante siglos. Si hubiera habido huesos o restos arqueológicos, ya habrían aparecido.

Cristina – Entonces es mucho más reciente...

Victoria – Tal vez sea de la guerra...

Juan – ¿La guerra? ¿A qué guerra te refieres?

Victoria – ¿Hubo combates por aquí durante alguna guerra?

Alberto – No que yo sepa...

Cristina – Entonces es aún más reciente...

Victoria – ¿Más reciente que la guerra? No se puede enterrar un cadáver en el jardín así como así. Las cenizas, todavía... Pero un cuerpo, no.

Cristina – En ese caso, solo queda una hipótesis.

Victoria – ¿Cuál?

Cristina – Un crimen.

Alberto – ¿Un crimen?

Juan – ¿Ves alguna otra razón para enterrar a alguien en tu jardín?

Alberto – No lo sé... Hasta hoy no se me había ocurrido pensarlo. Aunque, con lo que cobran las funerarias, quizá alguien quisiera ahorrarse el entierro de un familiar.

Cristina – ¿Qué hacemos, llamamos a la policía?

Victoria – No nos precipitemos...

Alberto – Eso sí que podría complicarnos la vida...

Juan – Bueno, pero ahora que lo sabemos...

Cristina – No podemos hacer como si no supiéramos...

Juan – Estaríamos ocultando un cadáver.

Alberto – ¿Un cadáver? No exageréis. ¡Solo es un hueso!

Cristina – No se pierde una tibia así como así...

Juan – Un fémur.

Cristina – Bueno, un fémur...

Juan – Es que el resto del esqueleto no debe estar lejos...

Cristina – No se puede comprar una casa con un cadáver enterrado en el jardín...

Alberto – Pero el acuerdo ya está firmado...

Victoria – ¡Y nosotros nos marchamos enseguida!

Juan – Vosotros sí tenéis prisa. Nosotros, no.

Victoria – ¡No podéis hacernos esto!

Alberto – ¡No tenéis derecho!

Victoria – ¡Habéis firmado!

Cristina – Ah, sí, pero ahora... No es tan sencillo...

Juan – ¿No podríamos anular el acuerdo por causa de fuerza mayor?

Cristina – Restos humanos...

Juan – Es peor que no conseguir la hipoteca...

Cristina – Y a saber si no habrá más huesos por todo el jardín...

Juan – Y el jardín es grande...

Victoria – Qué historia... No sé qué deciros...

Cristina – No sé... No me veo viviendo en una casa con un cadáver en el jardín...

Juan – Tal vez varios...

Victoria – ¿Varios?

Juan – ¿Y vosotros nunca habíais notado nada?

Victoria – Nunca vamos al jardín...

Alberto – Y no tenemos un perro que desentierre huesos...

Victoria – Entonces, ¿qué hacemos?

Alberto – Voy a ir a ver.

Juan – No sé si deberíamos tocar nada...

Cristina – Si esto es la escena de un crimen...

Victoria – Pues vuestro perro no ha tenido tantos miramientos...

Alberto – Diremos que lo ha encontrado el perro. Voy a echar un vistazo. Tenemos que salir de dudas.

Juan – Te acompaño.

Alberto – ¿No te fías de mí? ¿Piensas que voy a hacer desaparecer las pruebas?

Juan – Solo te acompaño, eso es todo...

Alberto y Juan salen. Cristina le echa a Victoria una mirada incómoda.

Cristina – Comprendednos, nosotros también necesitamos estar tranquilos...

Victoria – No, no, pero entiendo, te lo aseguro. Es normal...

Suena el móvil de Victoria. Ella duda un instante antes de contestar.

Victoria – Te dije que no llamaras al móvil... ¡Y mucho menos al fijo! ¡Te dije que no volvieras a llamar!

Guarda el móvil, furiosa.

Cristina – ¿Era él?

Victoria – Sí... Gracias por no contarle a Alberto lo que pasó con el profesor de Filosofía en la fiesta de fin de curso...

Cristina – Somos amigas, ¿no? Pero dime una cosa: no os marcháis por eso, ¿verdad?

Victoria – Digamos que por eso no me opuse al viaje... y me empeñé en adelantarlo.

Cristina – Cambiar de colegio habría sido mucho más sencillo que vender la casa e irse al extranjero. ¿Tan serio fue lo del profesor?

Victoria – ¡Qué va! Fue un desliz de una noche. Estaba deprimida... y bastante borracha. Pero desde entonces no me deja en paz. No sé cómo quitármelo de encima.

Alberto vuelve.

Alberto – ¿Deshacerte de quién?

Victoria – El... el de la plataforma de televisión. Ya te lo he dicho...

Cristina – ¿Y Juan?

Alberto – Yo sí he conseguido quitármelo de encima. Le he dado un palazo y lo he enterrado en el jardín, junto al otro.

Momento de estupor, interrumpido por la llegada de Juan.

Juan – No hemos encontrado nada. El perro ha hecho un agujero entre las dalias, pero no hay rastro de ningún esqueleto...

Cristina – Tal vez haya que cavar más profundo.

Alberto – Podemos alquilar una excavadora el próximo fin de semana y levantar todo el jardín...

Victoria – ¿Y si hacemos como si no hubiéramos encontrado el hueso? Así mantenemos la venta...

Cristina – Mmm...

Juan – Hay que verlo...

Cristina – ¿Qué opinas, Juan?

Juan – No sé... Pero tendría que ser con una rebaja importante.

Alberto – ¿Qué?

Victoria – ¿Un descuento?

Alberto – ¡Pero eso es chantaje!

Victoria – ¡Pero si ya habíamos fijado el precio en el acuerdo!

Alberto – ¡Y lo habéis firmado!

Juan – Un acuerdo no deja de ser un papel. Podemos firmar otro. He traído un ejemplar en blanco, por si acaso...

Alberto – Ah, muy bien... El señor lo tenía todo previsto...

Se hace un silencio tenso.

Victoria – ¿Y qué rebaja proponéis, si puede saberse?

Cristina – Yo qué sé...

Juan – Yo diría que un veinticinco por ciento...

Victoria – ¡¿Un veinticinco por ciento?!

Alberto – Se nota que es comercial...

Juan – No os pongáis tan dignos. Puede que no seamos tan intelectuales como vosotros, pero tampoco somos tan tontos como para comprar una casa que podría ser la escena de un crimen.

Cristina – Estamos hablando de un cadáver, al fin y al cabo...

Alberto – ¡Un cadáver! ¡Pero si solo es un hueso!

Juan – Pues eso: tenemos un hueso duro de roer... ¡Y menudo hueso!

Cristina – Y entre nosotros, tampoco nos hiciste un precio de amigo...

Alberto – Claro... Hay que aprovechar cualquier ocasión para sacar tajada.

Momento de tensión.

Victoria – Voy a traer algo de picar. Nos tranquilizamos todos y buscamos una solución, ¿vale?

Juan – Vale...

Victoria – Ven a ayudarme, Alberto...

Alberto – ¿No te preocupa que nos roben la cubertería mientras estamos en la cocina? ¿O la vajilla de mi madre?

Victoria *(con autoridad)* – ¡Ven, te digo!

Salen.

Cristina – ¿Un veinticinco por ciento? ¿No crees que te estás pasando?

Juan – Por probar no perdemos nada...

Cristina – Al precio que nos pedían, ya era una buena compra.

Juan – Por eso me parecía sospechoso. Pensaba que tu amiga nos lo había dejado tan barato porque te debía un favor.

Cristina – Pero no, te lo aseguro...

Juan – Tú misma me contaste que Victoria se había liado con el profesor de Ciencias en la fiesta del colegio...

Cristina – De Filosofía, no de Ciencias.

Juan – Bueno, es lo mismo, ¿no?

Cristina – ¿Y crees que ella me haría un precio de amiga por eso?

Juan – Podrías haberla denunciado a su marido...

Cristina – No creo que ella aceptara nuestra oferta por eso.

Juan – Pues ahora lo entiendo. En esta casa no solo hay secretos de alcoba: puede que también haya un cadáver en el jardín...

Cristina – De todas formas, un veinticinco por ciento es demasiado. No vayamos a hacer que se echen atrás...

Juan – ¿Crees?

Cristina – Lo mejor es enemigo de lo bueno, Juan. ¿Y si rompemos el acuerdo y venden la casa a otros?

Juan – Parecen apresurados, ¿no? Sobre todo ella...

Cristina – Una casa como esta no la encontraremos fácilmente.

Juan – Una negociación es como una partida de póquer: hay que saber echarse faroles...

Cristina – ¡Pero esta casa me importa!

Juan – ¿Aunque tenga un cadáver enterrado en el jardín?

Se quedan en silencio al ver llegar a Alberto y Victoria.

Victoria – Está bien. Os rebajamos el precio un diez por ciento.

Cristina – ¿Un diez por ciento... Juan?

Juan – Entonces reconocéis que...

Alberto – ¿Qué? ¡Para nada!

Victoria – Es solo un gesto de buena voluntad.

Juan – ¿Solo un diez por ciento por encubrir un asesinato?

Victoria – ¿No os parece que os estáis aprovechando de la situación?

Cristina – Ya está... Ahora va a ser culpa nuestra.

Juan – Es que ya no estoy seguro de que vayamos a firmar el contrato definitivo...

Cristina – ¡Una casa en la que pudo vivir un asesino en serie!

Alberto – ¡Es una casa familiar!

Juan – Eso... Tú conoces a tu familia...

Cristina – A no ser que el crimen sea mucho más reciente...

Victoria – ¿Estás acusando a mi marido de ser un asesino en serie?

Cristina – Donde hay humo, hay fuego...

Juan – Y donde hay un fémur, hay un cadáver...

Cristina – De todas maneras, me parecía raro este apuro por irse...

Alberto – ¿Cómo?

Juan – Vamos a ver, ¿por qué tenéis tanta prisa por marcharos al extranjero?

Cristina – Y vender la casa a "amigos"... En lugar de hacerlo a través de una agencia, como todo el mundo.

Juan – Y a un país que está lejísimos... Será por algo, ¿no?

Alberto – ¡Esto es un disparate! ¡Estáis delirando!

Victoria – ¡Llevamos años planeando este viaje!

Juan – Solo añade premeditación...

Victoria – O sea, que se supone que somos amigos y, porque vuestro perro encuentre un hueso, ¡cinco minutos después nos acusáis de asesinos!

Juan – Sí, bueno, amigos...

Momento de extrema tensión.

Cristina – Creo que todos nos hemos alterado. Vamos a tranquilizarnos un poco, ¿de acuerdo?

Victoria – Mmm...

Cristina – No hemos dicho que seáis vosotros. *(A Alberto.)* Tú mismo has dicho que es una casa de familia... Podría haber sido tu padre, que desapareció, ¿no?

Alberto – Sí...

Cristina – Tal vez se escapó por eso... Para evitar la justicia...

Alberto – ¿Mi padre?

Cristina – ¡O tu abuelo! Quizá mató a alguien durante la guerra y lo enterró en el jardín. ¡A lo mejor hasta fue un héroe!

Alberto – Mi abuelo hizo fortuna con el mercado negro durante la guerra.

Juan – Ah, claro...

Alberto – De todas formas, todo esto es perfectamente ridículo... Y no tenemos que rendir cuentas ante vosotros... ¿Sois de la policía?

Juan – ¿Quieres que llamemos a la policía?

Cristina – Juan, por favor... Vamos a resolver esto entre nosotros, ¿no?

Alberto – ¿Quién se cree este, un detective?

Victoria – Alberto, no exageres tú tampoco...

Alberto – Además, ¿por qué no iba a venir ese hueso de vuestra casa?

Juan – ¿De nuestra casa?

Alberto – Lo trajo tu perro. Igual lo encontró en vuestro jardín, lo metió en el coche y vino a enterrarlo aquí.

Victoria – Ah, es cierto... ¿Por qué no?

Juan – ¿Lo oyes, Cristina? ¡Ahora resulta que Toby tiene la culpa!

Alberto – ¡Entonces el asesino en serie serías tú!

Victoria – ¡Tal vez en vuestro jardín sea donde habría que excavar!

Cristina – ¡De todas maneras no tenemos jardín!

Juan – No os gustan los animales, se nota. Y ellos se dan cuenta cuando no los quieren.

Cristina – Pues por eso Toby desenterró el hueso en vuestro jardín: para avisarnos...

Juan – Es cierto. Sin él jamás habríamos sabido nada del cadáver...

Victoria – ¡Esto es absurdo! Si Alberto hubiera matado a alguien y lo hubiera enterrado en el jardín, yo lo sabría.

Juan – Tal vez tú lo sabías...

Alberto – ¿Y si Toby hubiera traído el hueso a propósito?

Cristina – ¿Por qué habríamos hecho eso?

Victoria – Para obligarnos a rebajar el precio...

Juan – ¿Qué?

Alberto – ¡A mí también me pareció sospechoso que trajeras otro acuerdo en blanco! ¡Lo tenías todo planeado!

Juan se levanta y desafía a Alberto.

Cristina – No iréis a pelearos, ¿verdad?

Victoria – ¡Y tú, profesora de aeróbic, cállate ya!

Cristina – ¿Profesora de aeróbic?

Victoria – ¡Nos acusáis de asesinos y encima tendríamos que quedarnos callados!

Juan – ¡Y vosotros nos acusáis de ser unos estafadores!

Cristina – Y quizá Alberto no tenga nada que ver. ¿Por qué no vas a ser tú, Victoria?

Victoria – ¿Yo?

Cristina – A lo mejor matas a tus amantes y los entierras en el jardín cuando empiezan a darte problemas.

Alberto – ¿Qué amantes?

Juan – Es verdad... Hace tiempo que no vemos al profesor de Ciencias.

Alberto – Por lo visto, aquí el único que no se entera de nada soy yo...

Victoria – ¡De Filosofía, no de Ciencias! Está de baja por depresión.

Alberto – ¿Os importa si me entero yo también de lo que está pasando?

Victoria – ¡Cristina estaba delante cuando llamó antes! ¿Cómo iba a estar enterrado entre las dalias?

Alberto – ¿Quién llamó? Esperad, eso también me concierne...

Cristina – Solo pregúntale a tu esposa...

Alberto se dirige a Victoria.

Victoria – No, pero ella dice tonterías, lo ves claramente...

Juan – Bueno, os dejamos resolver vuestros problemas de pareja...

Cristina – Y para la casa, buscad otro comprador.

Juan – Yo no estaba a favor, de todos modos. Me parecía demasiado cara. Se lo había dicho a Cristina, pero ella no quería regatear con amigos...

Alberto – Así es mucho más sencillo: si ya no somos amigos, no hay nada que discutir.

Juan – Vamos, Cristina. Nos marchamos.

Juan y Cristina salen. Alberto y Victoria se quedan allí, atónitos.

Alberto – Bueno... ¿Qué es eso del profesor de Filosofía?

Victoria – Nada... Ella inventa cualquier cosa para vengarse, ¡no entiendes!

Alberto – Dices que te llamó antes... ¿Así que tu amante es el supuesto pesado de la plataforma? ¿Es él quien te acosa?

Victoria – Alberto, ¿no te parece que tenemos problemas más urgentes que tus celos? Si no vendemos la casa antes de marcharnos, no tendremos dinero para empezar de nuevo.

Alberto – Es verdad...

Victoria – Y con lo poco que has vendido tu última novela no vamos a comprarnos una casa con vistas al mar...

Alberto – Gracias por recordármelo...

Victoria – Bueno, ¡perdón!

Alberto – Cuando resolvamos esto, tendremos que volver a hablar de tu suscripción a la plataforma...

Victoria – De momento, ¿qué hacemos con la casa?

Alberto – No sé... Podemos encontrar un nuevo comprador...

Victoria – En tan poco tiempo... No va a ser fácil.

Alberto – Y esperemos que esos dos no nos denuncien a la policía...

Victoria – ¿Crees que podrían llegar a eso?

Alberto – En una guerra, serían capaces de delatar a sus vecinos para quedarse con su piso.

Victoria – Tal vez deberíamos adelantarnos y denunciarnos a nosotros mismos para demostrar nuestra buena fe...

Alberto – ¿Denunciarnos? ¡Pero no somos culpables!

Victoria – Quizá deberíamos llamar nosotros a la policía. Así demostraríamos que no tenemos nada que ocultar.

Alberto – No estoy seguro de que sea una buena idea...

Victoria – ¿Entonces qué hacemos?

Alberto – No lo sé...

Alberto llena dos copas.

Alberto – Voy a servirnos una copa. A ver si así se nos ocurre algo...

Beben en silencio.

Victoria – Y lo del hueso... ¿Se te ocurre alguna explicación?

Alberto – ¿También vas a acusarme a mí?

Victoria – Ese fémur no ha llegado solo hasta aquí, andando...

Alberto – ¿Y por qué debería ser yo quien encuentre la explicación a este misterio? En ese aspecto, Cristina tiene razón. ¡También podrías ser tú!

Victoria – ¿No me ves matando a alguien y enterrándolo en el jardín?

Alberto – ¡Pero tú sí me crees capaz de hacerlo!

Victoria – No sé... Es la casa de tu familia... Y los secretos familiares existen. ¿No me estarías escondiendo algo?

Alberto – ¡Para nada!

Victoria – Nunca has sabido mentir...

Alberto – ¿A diferencia de ti, quieres decir?

Victoria – Estoy segura de que me estás ocultando algo.

Alberto – Es curioso, yo tengo exactamente la misma impresión contigo... Pero no sobre el mismo tema...

Victoria – ¿Estás realmente seguro de que no sabes nada?

Alberto – Es cierto que ya hemos encontrado huesos en el jardín...

Victoria – ¿Qué?

Alberto – Huesos hay por todas partes. La vida apareció hace miles de millones de años. ¡Vivimos encima de un montón de huesos!

Victoria – ¡No huesos humanos!

Alberto – No sabía que eran huesos humanos...

Victoria – ¿Y de quién podría ser?

Alberto – No lo sé...

Victoria – Después de todo, tal vez Juan tenga razón... ¿Y si fuera tu padre?

Alberto – ¿Mi padre? Si hubiera matado a alguien, la policía habría acabado encontrándolo, ¿no?

Victoria – No si él es la víctima.

Alberto – ¿Quién podría haber querido matar a mi padre y enterrarlo en su propio jardín?

Victoria – Tu madre.

Alberto – ¿Mi madre?

Victoria – Una mujer siempre tiene una buena razón para querer matar a su marido...

Alberto – Y viceversa...

Victoria – Desapareció poco después de que tú nacieras. Tal vez tu madre lo mató en una de sus visitas y lo enterró en el jardín...

Alberto – ¿Por qué habría hecho eso?

Victoria – Tú mismo dices que él la engañaba con cualquiera.

Alberto – Afortunadamente, la infidelidad no necesariamente conduce al crimen...

Victoria – ¿Y los huesos que encontraste, no te hicieron reflexionar?

Alberto – No lo sé... Pensé que eran huesos de vaca.

Victoria – ¿Vacas a las afueras de la ciudad?

Alberto – En tiempos de mi abuelo, aún había granjas por aquí.

Victoria – ¡Y pensar que llevas más de diez años yendo al psicoanalista dos veces por semana! Con todos los huesos que has encontrado en el jardín, podrías haber reconstruido a tu padre pieza a pieza. Yo pediría que te devolvieran el dinero.

Alberto – Sí, bueno, voy a hacer eso...

Victoria – ¡A cincuenta euros la sesión! Con lo que te habrías ahorrado, ni siquiera necesitaríamos vender la casa para marcharnos.

Alberto – ¡Si no hubiéramos vendido la casa, nunca nos habríamos ido!

Victoria – Además, no está vendida aún...

Alberto – ¿Y te crees que es tan fácil imaginar que mi madre pudo matar a mi padre y enterrarlo entre las dalias?

Victoria *(mirando hacia el jardín)* – Pues a las dalias parece que no les ha sentado mal el abono... *(Vuelven a sentarse, abatidos.)* ¿Cuál es el animal más grande que has matado en tu vida?

Alberto – No sé, no soy cazador. Una araña...

Victoria – ¿Una araña?

Alberto – No, pero una grande...

Victoria – Hablaba al menos de un mamífero... Los insectos no cuentan...

Alberto – No sé... Ah, sí, es verdad... Creo que una vez atropellé un erizo que cruzaba la carretera.

Victoria – ¿No te detuviste?

Alberto – ¡Un erizo! No es como un gato o... Es un animal salvaje.

Victoria – Espero al menos que muriera al instante.

Alberto – Fue un homicidio involuntario... ¡Y era un erizo pequeño! ¿Te imaginas aparecer en la consulta del veterinario con un erizo medio aplastado?

Victoria – Pobre erizo...

Alberto – Era en la autopista. ¡Podría haberme matado al atropellar ese erizo! Un neumático que revienta a esa velocidad, imagínate. No perdona. ¡Y tú solo piensas en el erizo!

Victoria – Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Alberto – Hablando de veterinarios, se me ocurre una idea. ¿Y si le enseñamos el hueso a Pedro?

Victoria – ¿Pedro?

Alberto – ¡El librero de al lado!

Victoria – ¿Y qué va a saber un librero de huesos? Vende libros de religión y mitología. Si fuera un hueso de unicornio, todavía...

Alberto – Antes de ser librero, era veterinario.

Victoria – ¿En serio? No lo sabía. Qué cambio de profesión más curioso...

Alberto – Eso ahora da igual. Él sabrá decirnos si es un hueso de vaca o no.

Victoria – Al mismo tiempo... Estamos en la ciudad, solo debía tratar gatos o perros... Quizás algún loro, de vez en cuando...

Alberto – Hizo estudios, después de todo. Deben enseñarles a reconocer un fémur humano y un fémur de vaca.

Victoria – ¿Crees?

Alberto – Tenemos que salir de dudas. No podemos vender la casa sin saber qué es. Imagina que los nuevos propietarios encuentran más huesos al hacer una piscina...

Victoria – Tienes razón... Y además, tu madre está muerta, si es ella quien mató a tu padre, no corre ningún riesgo...

Alberto – Sí, bueno, preferiría que no fuera así... No queda bien, ¿no?

Victoria – Además, estaremos viviendo en otro país. Poco nos importará lo que digan los vecinos...

Alberto – Y aunque Pedro confirme que el hueso es humano, siempre podríamos guardar el secreto...

Victoria – A menos que tu veterinario nos denuncie a la policía...

Alberto – Ellos están sujetos al secreto médico, ¿no?

Victoria – No en caso de asesinato... Además, son los médicos quienes están sujetos al secreto médico, no los veterinarios. Y ahora es librero...

Alberto – Es muy católico...

Victoria – Siempre podemos confiar en el secreto de confesión...

Alberto – Mejor le enviaré una foto con el móvil. Será menos comprometedor... *(Mira alrededor.)* Por cierto, ¿dónde está ese hueso?

Victoria – Estaba allí hace un momento...

Alberto – Quizá esos sinvergüenzas se hayan llevado el hueso como prueba...

Suena el timbre de la puerta.

Victoria – ¡Ya está! ¡Vienen a detenernos!

Alberto – Querrás decir la policía...

Victoria – ¿No es lo que he dicho?

Alberto – No es lo que yo he oído...

Victoria – De todas formas, es demasiado tarde para huir. ¿Adónde quieres que vayamos?

Alberto – ¿Al extranjero? Allí no nos encontrarán... *(Victoria lo mira atónita.)* Vale, voy a abrir.

Alberto sale y vuelve al cabo de un momento con Juan y Cristina, que tienen cara de arrepentidos.

Cristina – Creo que os debemos una disculpa...

Juan – Sí, quizá nos hemos dejado llevar un poco...

Victoria – Todos estamos nerviosos, es normal. Con nuestra partida. La venta de esta casa...

Juan – Creo que hemos dicho cosas que en realidad no pensábamos...

Cristina – No vamos a enfadarnos por esto. Sería una pena...

Alberto permanece cautelosamente en silencio. Juan lo mira y le extiende la mano. Alberto acepta el apretón.

Juan – No queremos causaros complicaciones.

Cristina – Y además, nos importa esta casa...

Juan – Mantendremos este acuerdo de compraventa, ¿de acuerdo?

Alberto – Entonces, ¿es por eso que habéis vuelto?

Juan – Sí...

Cristina – Y también hemos venido a devolveros esto.

Ella saca el hueso de su bolso.

Cristina – Lo hemos encontrado en el coche...

Juan – Seguramente fue el perro el que lo llevó sin que nos diéramos cuenta...

Cristina – Ya veis... Un perro puede llevarse un hueso muy lejos.

Juan – Es cierto... Después de todo, no sabemos de dónde viene este hueso... Puede venir de cualquier parte...

Alberto – Sí, eso es exactamente lo que decía antes... De repente os veo muy conciliadores... ¿Qué os hizo cambiar de opinión?

Victoria – ¿Hay algo más?

Juan y Cristina se intercambian una mirada incómoda.

Juan – Toby había mordisqueado el hueso y me fijé en las marcas que habían dejado sus dientes...

Victoria – ¿Y?

Cristina – En realidad... Es un hueso de plástico.

Victoria – ¿Perdón?

Juan – Un fémur humano, sí... Pero de plástico.

Alberto – ¿Estáis seguros?

Juan – Lo acerqué a la llama de un mechero. No hay ninguna duda: es plástico. *(Se lo ofrece.)* Toma, todavía huele a quemado.

Victoria acerca la nariz al hueso.

Victoria – Sí, huele a plástico quemado. *(A Alberto.)* ¿Quieres olerlo?

Alberto – No, gracias...

Victoria – ¿Un hueso de plástico? ¿Pero qué significa eso?

Cristina – ¿Alguien que quiso haceros una broma?

Alberto – No lo sé...

Juan – Tal vez venga de esos esqueletos que solían usarse en las escuelas para enseñar anatomía a los niños...

Cristina – Pero, ¿por qué enterrar un esqueleto de plástico en el jardín?

Victoria – ¿Había una escuela en la zona antes?

Alberto – Mi abuelo era maestro...

Juan – ¡Pues ya está!

Alberto – Ahora que lo pienso, cuando era niño solía ver ese esqueleto en casa. Lo llamábamos Martín...

Victoria – Ves... Al final, tu psicoanálisis ha dado algunos resultados... ¿No podrías haberlo recordado antes? Nos habría ahorrado este pequeño malentendido...

Alberto – Ahora lo recuerdo. Nunca estaba seguro de que fuera un recuerdo real; incluso lo comentaba en terapia. Mi psicólogo creía que Martín era un amigo imaginario...

Cristina – ¿Un esqueleto?

Alberto – No siempre se elige a los amigos... Ni siquiera a los amigos imaginarios...

Juan – Pero ¿cómo acabó tu abuelo con ese esqueleto, si era del colegio?

Alberto – Tal vez se lo regalaron como recuerdo al jubilarse.

Cristina – Sí...

Juan – Eso no explica por qué lo enterró en el jardín...

Victoria – Para deshacerse de él, quizá.

Alberto – O para hacernos una broma... Mi abuelo era muy bromista...

Juan – Pensaba que era un facha.

Alberto – Eso no impide tener sentido del humor...

Momento de perplejidad.

Cristina – ¿Y qué pasó con el resto?

Alberto – ¿El resto?

Cristina – ¡El resto del esqueleto de plástico!

Alberto – Eso...

Juan – Si lo encontramos, te lo guardaremos.

Victoria – Así al menos podrás recuperar a un amigo.

Alberto – Bueno, lo importante es que no es un hueso de verdad.

Victoria – Sin huesos, no hay cadáver. Y sin cadáver, no hay crimen.

Cristina – Sí, bien está lo que bien acaba...

Alivio general, mezclado con cierta incomodidad.

Victoria – Entonces, ¿mantenemos el acuerdo tal como estaba?

Juan – Una promesa es una promesa.

Cristina – Y además, seguimos siendo amigos, ¿no?

Silencio algo incómodo.

Victoria – ¿Un último trago para celebrar esto?

Juan – Creo que no sería muy razonable...

Cristina – Vamos a irnos. Hemos tenido suficientes emociones por hoy.

Juan – Entonces, ¿hasta pronto para la firma definitiva?

Alberto – Hemos dado poderes a nuestro notario. Nos marchamos la semana que viene.

Cristina – Bueno... Entonces buen viaje...

Juan – Podremos ir a visitaros, como habíamos quedado, ¿no?

Alberto – Eso es...

Juan y Cristina se marchan en un ambiente glacial.

Victoria – Os acompaño...

Se oyen ladridos. Victoria regresa.

Victoria – Uf...

Alberto – Sí... Pensé que nunca nos libraríamos de ellos...

Victoria – ¿Te refieres a Juan y Cristina o a la casa?

Alberto – A las dos cosas...

Se sientan sobre una caja, exhaustos.

Victoria – No me puedo creer lo del esqueleto de plástico...

Alberto – Sí... No se me ocurre otra palabra.

Victoria – No sabía que tu abuelo era maestro...

Alberto – Mi abuelo era charcutero.

Victoria – ¿Cómo?

Alberto – Compró esta casa con el dinero que ganó vendiendo embutidos en el mercado negro durante la guerra.

Victoria – ¿Y por qué les has dicho que era maestro?

Alberto – Tenía que inventarme algo. ¿Queremos vender la casa o no?

Victoria – Pero no entiendo... ¡El hueso es de plástico, míralo!

Alberto – Sí. Mi padre tenía un fémur de plástico.

Victoria queda un momento atónita.

Victoria – ¿Era una especie de cyborg o...?

Alberto – Te dije que era especialista de cine. Tuvo un accidente muy grave y le pusieron un fémur de plástico...

Victoria – ¿Entonces crees que...?

Alberto – Puede que mi madre echara cal sobre el cadáver para hacerlo desaparecer y que solo resistiera el fémur de plástico...

Victoria – ¿Pero por qué habría hecho eso?

Alberto – Por todas sus infidelidades, supongo. Hay gente capaz de matar cuando descubre que su pareja le engaña...

Victoria – ¿Entonces crees que es eso? ¿Es el fémur de tu padre?

Alberto – Después de tantas piruetas, mi madre le hizo dar la última...

Contemplan el hueso, pensativos.

Victoria – Tienes razón, es mejor olvidar todo esto...

Alberto *(agitando el hueso)* – Al menos, ahora tendré un recuerdo de papá...

Victoria – La víctima y su asesina ya han muerto.

Alberto – Y ya ha prescrito hace mucho tiempo.

Victoria – A veces es mejor no remover el pasado... Hay que saber perdonar y olvidar. ¡Seguir adelante!

Alberto – Mmm...

Victoria – Muy buena la historia del maestro y el esqueleto del colegio. Se nota que eres novelista. Y lo de Martín, ¿de dónde lo sacaste?

Alberto – ¿No te acuerdas de aquella película de misterio que transcurría en un colegio?

Victoria – Ah, sí... Había un esqueleto en el aula...

Alberto – Y se llamaba Martín.

Victoria – Espero que Juan y Cristina no hayan visto la película...

Alberto – En cualquier caso... No sabemos con certeza de dónde salió este hueso.

Victoria – ¿Y de dónde iba a salir?

Alberto – Igual rodaron alguna escena aquí y olvidaron el atrezo...

Victoria – Ya...

Alberto – Prefiero no descartar esa posibilidad.

Suena el móvil de Victoria.

Alberto – ¿No vas a cogerlo?

Victoria – No...

Alberto – ¿Otra vez los de la plataforma?

Victoria – Sí...

Alberto – Y con lo de la plataforma, ¿hasta dónde llegaste? ¿Fue una suscripción o algo a la carta?

Victoria – Fue solo un desliz de una noche, te lo juro.

Alberto – ¿Por qué me lo ocultaste? Habíamos prometido contárnoslo todo. Nada de mentiras.

Victoria – Sí, pero el momento no era el adecuado.

Alberto – No hay buen momento para confesar algo así. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

Victoria – Porque tenía otra noticia que darte.

Alberto – ¿Me dejas?

Victoria – Estoy embarazada...

Alberto – ¿De quién?

Victoria – Por eso te decía que no era el momento. ¡Sabía que preguntarías eso!

Alberto – La pregunta no es tan descabellada, ¿no?

Victoria – Te lo juro por la cabeza del hijo que llevo dentro: no hay ninguna posibilidad de que el padre sea otro.

Alberto – Esa cabeza todavía debe de ser diminuta... ¿Y cómo puedes estar tan segura?

Victoria – Porque no llegué a acostarme con... el de la plataforma. ¡Te lo juro!

Alberto – ¿No habrás adelantado el viaje para huir de la escena del crimen?

Victoria – No... Aunque también hay un poco de eso...

Alberto – Nos íbamos porque nada nos ataba aquí. Con un hijo, quizá nos habríamos quedado...

Victoria – No te lo dije antes de firmar. Quería que nuestro hijo formara parte de esa nueva vida, no que nos hiciera renunciar.

Alberto – Nuestro hijo nacerá en otro país... ¿No te asusta?

Victoria – También allí hay hospitales, y nacen niños a diario. Contigo, no tengo miedo.

Alberto – ¿Y no temes acabar enterrada entre las dalias, con mi familia?

Victoria – Confío en ti... Sé que se te dan fatal las plantas.

Alberto – Pero entonces, ¿me has engañado o no?

Victoria – Técnicamente, no. Te lo aseguro.

Alberto – ¿Técnicamente? Menudo consuelo. ¿Dónde empieza una infidelidad para ti?

Victoria – Ven, te enseño dónde empieza... Antes de ponerme como una vaca.

Victoria lo abraza y se lo lleva hacia un lateral, fuera de escena.

Alberto – Perdona, pero... ya no tenemos cama.

Victoria – Perfecto... Parecerá aún más una infidelidad...

Salen.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Augusto de 2024

ISBN 978-2-38602-239-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.